

La memoria de las manzanas

Dicen que las manzanas tienen memoria; que los días largos en verano, la luz de las mañanas, el calor tímido del otoño, y hasta las noches heladas forman parte de su esencia, de su color y de su sabor.

Pienso que, al igual que ocurre con las manzanas, el lugar del que venimos dice mucho de nosotros... o lo dice todo.

Yo nací en un pueblo de manzanos. La manzana, allí, era más que una fruta: era una comunidad, una forma de vida. A pesar de lo que para muchos representa, en mi caso septiembre era el mes de los nuevos comienzos. Los manzanos cargados anunciaban que pronto llegaría la recogida: la hermandad de todo el pueblo, los paseos en tractor con mi abuelo, el sabor de la sidra dulce, el olor a tarta de manzana en la cocina de mamá...

Hoy escribo estas líneas muy lejos de aquel lugar, sin embargo, a veces pienso que las manzanas se han quedado para siempre en mi vida. Aparecen en los momentos más cotidianos, como en mi mesa de maestra, aguardando con ansia la hora del recreo cada mañana, pero también me han acompañado en los momentos más importantes a lo largo de los años.

Recuerdo el día en que compré el pequeño terreno donde hoy se levanta mi casa. Un manzano viejo y retorcido me hizo intuir que aquel era el lugar indicado. Todos me decían que lo arrancara, que estaba ya muy seco, que nunca daría fruto. Lo cuidé como supe, podé algunas de sus ramas más castigadas y, en la primavera siguiente, volvió a florecer, con la mejor de las noticias, la que más anhelaba: dentro de mí florecía también la vida y así, entre manzanas, creció la familia.